

VENTANAS DE PAPEL

JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN

## Contra la gran literatura

La posteridad es un lector impaciente. Soporta mal el fárrago, la pretenciosidad, los vacuos ejercicios de estilo. La mayor parte de los poemas escritos con vocación de eternidad caducan antes que cualquier artículo periodístico. ¿Qué queda de la prolija obra de Remy de Gourmont, de sus elaboradas novelas simbolistas, de sus arduas divagaciones más o menos filosóficas? Bien poco. Exactamente las treinta páginas de aforismos que Luis Eduardo Rivera traduce y prologa en *Pasos en la arena* (Periférica). Antes, en la misma editorial, nos había ofrecido los *Pensamientos y rivarolfianas*, del dieciochesco Antoine de Rivarol, maestro de Gourmont. Y antes, *El lector ideal* (Libros del Peixe), una selección de su propia obra preparada por Julián Rodríguez, el editor de Periférica, algo más que un editor ejemplar.

«Todo lo que es exacto es corto», decía Joubert, otro de los maestros de Gourmont. Y su amigo y discípulo Paul Léautaud, que epiloga esta edición, se atrevió a declarar lo que otros muchos piensan: «No me gusta la gran literatura. Solo me gusta la conversación escrita».

No fue fácil la vida de Remy de Gourmont. Una enfermedad de la piel le desfiguró el rostro a los treinta años y le convirtió en un ermitaño recluido en su oficina del *Mercure de France* y en sus libros. Una cita del *Robinson Crusoe* explica el título de estos aforismos: «Un día, yendo a buscar mi canoa, descubrí con claridad sobre la arena las marcas de un pie humano. Nunca he sentido un espanto tan grande...»

París fue la isla de este solitario que rehuía a los hombres –y a las mujeres, que le miraban con horror– y amaba los libros viejos. Escribió mucho. ¡Son tan largos los días! Y no le faltó el aprecio de los mejores contemporáneos. Pero si hoy le leemos es por las pesimistas anotaciones que garabateaba al margen de sus trabajados ejercicios de estilo: «Los grandes hombres no se sienten cómodos en su hogar porque los quieren, sino porque los admiran, los adulan y aceptan su dictadura». ¿Solo los grandes hombres y solo en el hogar?, añadiríamos nosotros, más pesimistas que él.

*Pasos en la arena*, un libro que ni siquiera es un libro (para alcanzar las cien páginas ha de prodigarse en prólogos y epílogos), vale por muchos nutridos volúmenes. No se agota nunca. Con él en el bolsillo no hay lugar para el aburrimiento, ni para sentirse solo.

¿Tenía razón Léautaud al preferir la conversación escrita a la gran literatura? Quizá no. Quizá la gran literatura sea precisamente aquella que nos permite conversar con nosotros mismos. ■